

---

Pedro Farré

# Cazado

El hombre de la SGAE  
que sabía demasiado



## Índice

PORTADA

CITAS

NOTA DEL AUTOR

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE

1. EL PASADO SIEMPRE VUELVE
2. EL ENEMIGO PÚBLICO NÚMERO UNO
3. UN PUNTO DÉBIL
4. LA CRUZADA CONTRA LA PIRATERÍA
5. LUCES DE COLORES
6. EL MUNDO ES GRIS
7. LA CEJA DE LOS ARTISTAS
8. EL COMANDANTE EN JEFE DE LOS AUTORES
9. DE BRUCE AL VIÑA ROCK
10. LA GRAN GUERRA ENTRE LOBBIES
11. EL ÚLTIMO GRAN ERROR
12. OPERACIÓN «JUBILAR A TEDDY»

SEGUNDA PARTE

13. SOMBRAS Y SOSPECHAS
14. ENTRE TOROS Y ESPÍAS
15. EN EL PUNTO DE MIRA
16. DOSIERES POR DOQUIER
17. «ESTÁ USTED DETENIDO»
18. CUERPOS AMIGOS
19. URDANGARIN EN EL PALACIO... DE LONGORIA
20. HOLLYWOOD Y EL SÉPTIMO DE CABALLERÍA
21. ¿AMIGOS EN LA POLÍTICA?

TERCERA PARTE

22. LAS HOGUERAS DE LA NUEVA INQUISICIÓN
23. LOS PRIMEROS DÍAS
24. ENTRANDO EN LA AUDIENCIA NACIONAL
25. NUEVAS LLAMADAS
26. LA VIDA ENTRE PARÉNTESIS
27. LA POLÍTICA SIEMPRE JUEGA SUS BAZAS
28. FILTRACIONES E INFILTRADOS
29. BAUTISTA CONTRAATACA
30. SE ACABÓ

EPÍLOGO: SABER PERDER  
NOTAS  
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Los cuentos de hadas superan la realidad no porque nos digan que los dragones existen, sino porque nos dicen que pueden ser vencidos.

G. K. CHESTERTON

Lo más difícil de aprender en la vida es qué puente hay que cruzar y cuál hay que quemar.

BERTRAND RUSSELL

## NOTA DEL AUTOR

Todo lo narrado en este libro es real. No se incluyen en el relato personajes ni sucesos mitad ficción, mitad realidad. Para preservar el anonimato de algunas personas, por razones de diversa índole, he modificado detalles que pudieran identificarlas. No me mueve el rencor —una mochila demasiado pesada— ni es mi voluntad ajustar cuentas con nadie; solo pretendo describir la atmósfera de un país desde mi experiencia, contar algunas prácticas y dinámicas que he podido conocer, apuntar la existencia de actores y entes absolutamente tóxicos y, en definitiva, ofrecer un testimonio desde mis particulares circunstancias vitales. Todos los hechos y acontecimientos narrados, así como los diálogos, se produjeron tal y como aquí son relatados.

## INTRODUCCIÓN

Yo no soy importante. Tan solo una pequeña ficha en un tablero. Pero mi mapa de relaciones debió de adquirir relevancia para alguien en algún momento. Todo está conectado con todo. Existen hilos invisibles que nos vinculan con otras personas o acontecimientos. Y yo, aunque anónimo, conectaba con personas o asuntos que sí tenían importancia. Este asunto mío que ahora narro en estas cuartillas es una pieza de un plan mayor, más sofisticado, que se halla en el fondo de todo. Si la tormenta perfecta no se hubiera desatado, seguramente yo no estaría narrando esta historia.

Para que se produzca una tormenta hacen falta muchos rayos y truenos. El mío era un pequeño relámpago, pero que formaba parte de la tormenta que, dirigida o no, se desató de golpe en España. Todo empezó a volar por los aires en este país en el que el estanque se estaba secando; y cuando eso sucede, los peces más grandes son los que se ponen más nerviosos. Ese trueno era mi billete para un viaje que nunca habría querido hacer. Pero no había vuelta atrás. Alguien me había reservado ese billete.

¿Quiénes están detrás de esta voladura controlada del sistema? Yo lo desconozco, pero no creo en las casualidades. De repente, el 90 por ciento de las noticias del telediario de cada jornada son sobre corrupción. Internacionalmente, España es vista como uno de los países más corruptos. Si le preguntan hoy a un alemán, a un francés o a un norteamericano por lo que les evoca la palabra España, el asunto de la corrupción saldría en los primeros puestos. La voladura controlada lo ha sido de la imagen de España. Al-



guien fuera de nuestras fronteras, estoy seguro, lanzó esta operación. Muchos de nuestros jueces, fiscales y policías han sido formados en instituciones de fuera de nuestro país, como Quantico —la sede del FBI—, la Interpol o la ONU, entre muchas otras. No digo que no existan casos de corrupción en España o que no deban ser perseguidos con toda la contundencia que sea posible. Lo que intento explicar es que no somos un país más corrupto que otros de nuestro entorno y, sobre todas las cosas, que esa corrupción institucionalizada de la que tanto se habla no describe a nuestro país, sino al modelo de democracias que nos hemos dado en Occidente, con algunas cosas buenas pero también con grandes defectos.

La democracia, decía Aristóteles, es un régimen mediocre, y lo es porque es el reflejo del mundo en el que vivimos, así como de nuestras propias imperfecciones como seres humanos. En nuestras democracias, el capital está por encima de todo y también de la política, que ya no es *policy*, sino pura *politics*. Hay política en todos lados. La política está presente más allá de los partidos políticos, más allá incluso de la partidocracia en la que vivimos y más allá de la telecracia. Hay política en las empresas, en la universidad, en las ONG, en los medios de comunicación y en todo tipo de organizaciones, públicas o privadas. También la hay en la policía y en los tribunales de justicia. El hombre es un animal político, como asimismo nos advirtió Aristóteles. Y los griegos saben mucho de eso.

Algunos pueden pensar que esta manera mía de ver las cosas es demasiado rebuscada. No los crítico. Hay una cierta tendencia a ofrecer respuestas rápidas, a simplificar. Con un par de detenciones nos quedamos tranquilos. Es cierto que las respuestas sencillas pueden explicar algunas cuestiones, pero la realidad es infinitamente más compleja, y para conocer la verdad no basta con hacer ejercicios superficiales para salir del paso. Esa es mi manera de pensar después de todo lo que he conocido en estos años.

Claro que hay corrupción. La hay en todo el sistema. Y de todos los colores. Como explica José Antonio Zarzalejos en su libro *Mañana será tarde*, la corrupción no siempre es negra, sino que puede moverse en distintas tonalidades de gris, la que de una u otra manera aceptan todos y en la que todos participan hasta que deja, provisionalmente, de convenir. Todo aquel que tiene poder tiende a abusar de ese poder. Para que las cosas fuesen de otro modo habría que cambiar la naturaleza humana. El sistema promueve el clientelismo y los bancos de favores. Un sistema del que también son miembros destacados los jueces, los policías y los medios de comunicación, justamente aquellos que ahora tratan de aparecer ante el pueblo como los salvadores de nuestra imperfecta democracia de partidos. Sin embargo, ¿cuántos casos de corrupción, negra, gris o blanca, conocemos en los que hayan sido condenados jueces, policías o periodistas? Resulta sumamente curioso, toda vez que el poder de las sentencias, el de las escuchas o el de los titulares no es más débil que el de las decisiones políticas.

De todo ello he querido reflexionar en las páginas que siguen; de la pieza que he sido en este tablero del poder, pero también de la corrupción y de los hilos que lo mueven casi todo desde la sombra, haciéndonos creer libres cuando, en realidad, no lo somos. O al menos no totalmente.

No he hallado mejor ni más eficaz modo para aclararme a mí mismo los hechos que darles forma y describirlos para otros.

# PRIMERA PARTE

## 1

## EL PASADO SIEMPRE VUELVE

«Te tenemos agarrado por los cojones.»

Estas seis palabras desmoronaron mi mundo, el que había conocido hasta entonces, el que me había contado a mí mismo. Todo terminó de derrumbarse en ese instante. Toda la mierda empezó a brotar en el momento en que un francotirador a sueldo disparó aquellas palabras: «Te tenemos agarrado por los cojones».

Llevaba días presintiendo que algo malo me iba a ocurrir. Casi siempre acierto cuando le hago caso a mi intuición; el problema es que he tardado demasiado en comprender qué es eso de la intuición, y mucho más en aceptar que es de las pocas cosas que uno debe seguir en esta vida. Es muy probable que si yo hubiese atendido a mi instinto desde el principio casi nada de lo que ahora voy a relatar se habría producido. Pero lo malo de la experiencia es que siempre llega demasiado tarde. O tal vez no. Acaso llega cuando le toca. Como sucede con todo.

Quizá todo este dolor haya servido para algo. Todo tiene un coste. Y madurar también. «Nada es más lento que el verdadero nacimiento de un hombre», leía justo por esos días en las *Memorias de Adriano*, el inspirador y reconstituyente libro de Marguerite Yourcenar. Crecer lleva su tiempo, como todo lo importante. He sufrido angustia en no pocos momentos, pero mi mayor dolor ha sido haber vivido durante demasiado tiempo una vida que no era la mía. Se-

guramente lo ocurrido tenía que pasar, porque yo soy ahora quien soy en parte gracias a todo aquello, a una peripección que me ha moldeado a base de golpes.

Era una soleada mañana del otoño de 2011. Había salido a correr, como llevaba haciéndolo desde hacía meses, en mi afán —ese que, pese a todo, nunca he perdido— por sentirme bien física y espiritualmente. Desde que empecé a darme cuenta de que mi vida debía cambiar, de que había hecho el capullo demasiado tiempo y de que el deporte constituía una herramienta vital para ese cambio. Un deporte que me había acompañado siempre y que, sin embargo, había abandonado durante años por esa falta de tiempo que nos imponemos las personas que nos creemos demasiado importantes y ocupadas. Son los inconvenientes que tiene el ego, que hace que uno termine olvidándose de sí mismo bajo la tormenta de una atareada y estresada vida.

Mientras me duchaba, algo me daba vueltas en la cabeza. Era ese sexto sentido que nos pone en alerta cuando intuye que algo grave nos va a ocurrir. A diferencia de otras mañanas, el agua no era capaz de arrastrar aquel mensaje del destino. Su insistencia era reconocible. Algo iba a pasar, estaba seguro. Y nada volvería a ser igual desde aquel día.

Escuchaba *First day of my life*, de Bright Eyes, una banda de Nebraska que había conocido un año y medio antes, durante mi periplo por California, un lugar del que quizá nunca debí haber regresado, y mucho menos para hacerlo a un Madrid que siempre he sentido cargado de ruido y furia. Aquella canción representaba lo mejor de mis días a orillas del Pacífico. «*Remember the time you drove all night, just to meet me in the morning.*» Me gusta comenzar el día con determinadas canciones. *Here comes the sun*, de los Beatles, es una de ellas. La idea de empezar de nuevo, de comenzar un nuevo día, de reinventar la vida, el recuerdo de que el sol siempre termina por salir, de que tras la oscuridad viene la luz, está presente en muchos de los te-

mas que componen mi particular banda sonora, influida por una convicción que he tenido desde muy joven: que hay muchas vidas dentro de esta vida.

Entonces sonó el móvil. La música se desconectó inmediatamente de mi iPhone. Miré la pantalla del dispositivo: «número desconocido». Con frecuencia —fruto de la desconfianza alimentada durante los últimos años— no contestaba a llamadas de números no identificados, pero aquel día sí descolgué. Al otro lado, una voz áspera, ruda e inquietante comenzó a interrogarme.

—¿Pedro Farré? —preguntó aquella voz.

—¿Quién es?

—Te tenemos agarrado por los cojones —sentenció directamente con un tono amenazante, como queriendo sentar las bases de esa relación recién iniciada al estilo de un matón.

—¿Cómo? ¿Quién es usted? —repliqué, no exento de inquietud.

—Soy periodista. Tú trabajabas en la SGAE, ¿verdad? Sabemos que te gastaste dinero de la tarjeta de crédito de la sociedad en prostitutas.

—¿Qué dice? Hace mucho que no trabajo en esa empresa —le dije al tipo—. Y no quiero volver a saber nada de ella.

La conversación fue breve. Quería terminarla rápidamente. Pero duró lo suficiente como para que todo mi cuerpo sintiera un miedo que nunca antes había conocido. Me iban a obligar a revivir los peores años en la Sociedad General de Autores (SGAE), los dos últimos en los que allí trabajé, dentro de un entorno lleno de tensión, de odios, de ansiedad creciente. Siempre puede ocurrir cualquier cosa, y puede ocurrir en cualquier momento. Un instante te cambia la vida. El destino conspiró para que mi existencia se viese sacudida por un cataclismo en forma de llamada de teléfono.

La verdad es que me habría gustado contestarle a aquel tipo: «No me sea cretino, déjeme en paz». Pero me acoquiné, y no me culpo por ello. ¿Quién se atrevería a hablarle así a quien como periodista te puede arrastrar por el fango de los titulares y las ondas hasta convertirte en algo irreconocible incluso para ti mismo? ¿Cómo puedes salir indemne de la revelación de que pagaste en un lupanar con la tarjeta de la empresa? ¿Cómo puede uno vivir tras el escarnio de la revelación pública de que ha estado con prostitutas? En aquel momento, cuando lo único que deseaba era enterrar de una vez por todas mi pasado en la SGAE, pensaba que sería imposible sobrevivir a esa acusación, a esa mancha. No me importaba que cosas mucho peores estuvieran descubriéndose en el fondo de las siniestras cloacas de una sociedad en crisis. Haber trabajado en la SGAE y haber ido de putas eran dos realidades que juntas constituían una bomba de destrucción masiva que los medios no pasarían por alto. Lo perdería todo. «Nadie querrá acercarse nunca más a mí. Nunca me volverán a contratar», me decía una y otra vez. Mi nombre, mi carrera, mi vida iban a pender de un hilo. Todo lo logrado, los éxitos académicos, lo aprendido y realizado, el ir de aquí para allá en mil viajes, los contactos construidos, el poco o mucho prestigio profesional adquirido... Todo dejaría de tener sentido.

Entonces, una parte de mí pareció asumir todo lo que me iba a caer encima. Era verdad, había ido de putas y había pagado con la tarjeta de la empresa. No soy perfecto, me equivoqué, pero tampoco había matado a nadie, así que lo que debía hacer era luchar. Me defendería del ataque. Porque de eso estaba seguro: aquella extraña llamada era el comienzo de un ataque impulsado por un interés distinto del que aparentaba. Nada es lo que parece. Yo lo sabía bien. Detrás de esa llamada había algo más que un supuesto interés periodístico. Lo intuía. A pesar del miedo que sentía, debía intentar no dejarme llevar por el pánico; no me lo podía permitir. Las personas a las que quería sufrir